

# LA ACADEMIA CALASANCIA

FUNDADOR: R. DOMO. P. EDUARDO LLANAS ESCOLAPIO  
CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN ROMANA DEL INDICE

---

## LA CUARESMA

**D**ASADAS las diversiones del Carnaval, no nos parece inoportuno, dado el carácter de nuestra Revista, hablar de este tiempo que lleva un nombre, que para muchos cristianos va resultando arcaico y como importuno recuerdo de unos siglos ignorantes y apocados. Nuestros lectores habrán adivinado, sin duda, que nos referimos á la *Cuaresma*. Sobre ella queremos dar unas cuantas ideas, no precisamente doctrinales, por lo cual nos abstenemos de dar á nuestros pobres artículos el nombre de *Cuaresmales*, sino simplemente de erudición, acerca de su significación, de su antigüedad y de la manera de celebrarla, terminando con algunas curiosas observaciones sobre el ayuno.

La Cuaresma, en latín *Quadragesima*, es un lapso de tiempo de 40 días, que sirven de preparación para celebrar dignamente la Pascua. Todas las festividades de la Iglesia tienen un tiempo de preparación, que en la mayoría de los casos se reduce á un solo día, llamado vigilia. Pero tratándose de la Pascua, del *día del Señor*, su preparación dura nueve semanas. Este tiempo de preparación se divide en dos partes: la Cuaresma como preparación próxima y las tres semanas anteriores como preparación remota y de carácter propiamente litúrgico.

Hay divergencia de pareceres acerca del motivo de haber fijado la Iglesia 40 días de ayuno y no otro número cualquiera. Así unos dicen que el número 40 se fijó en memoria de los 40 días que duró el diluvio universal; otros quieren que sea para recordar los 40 años que los israelitas anduvieron por el desierto; los hay que los hacen significar los 40 días que ayunó el profeta Elías ó los que observó Moisés en la cumbre del Sinaí, antes de recibir del Señor las tablas de la Ley, y no falta quien diga que estos 40 días se fijaron en memoria de los 40 días que los ninivitas alcanzaron para hacer penitencia de sus pecados.

Parece seguro, no obstante, que los 40 días de ayuno que preceden á la Pascua fueron instituidos en memoria de los 40 días que

observó nuestro divino Redentor en el desierto, según las palabras de San Mateo: «Et cum jejunasset *quadraginta* diebus et *quadraginta* noctibus...»

El fin de la Cuaresma no es precisamente la consideración de los misterios de la Pasión y muerte de Ntro. Sr. Jesucristo, porque á ello está consagrada la Semana Santa, sino la penitencia, la mortificación de los sentidos, la abstención de los placeres lícitos. Por esto las oraciones litúrgicas de la Cuaresma no hablan de la Pasión del Señor, sino solamente del ayuno y de la mortificación.

Los 40 días de preparación se entendieron de tal manera, que se contaban exactamente los 40 días antes de Pascua, incluso los domingos. Pero como, no ayunándose los domingos, resultaban de hecho 36 días solamente de ayuno, fué preciso adelantar la Cuaresma cuatro días.

De aquí que la Cuaresma propiamente dicha empiece el miércoles anterior al primer domingo, ó sea el Miércoles de Ceniza, el cual, en el *Sacramentum Gregorianum*, va provisto de una misa particular.

La ceniza que en el miércoles anterior á la primera dominica de Cuaresma se impone á los cristianos, recuerda la ceniza que se imponía en los primeros siglos de la Iglesia á los penitentes públicos, precisamente al principio de la Cuaresma, costumbre que más tarde practicaron no sólo los penitentes, sino todos los cristianos. Esta ceniza se hacía con las palmas del domingo de Ramos del año anterior; mas hoy se hace también con laurel, y hay ceremonia para su bendición, de la que carecía antiguamente.

En la Edad Media se indicaba el principio y la duración de la Cuaresma por medio de un gran velo que se suspendía, el primer domingo, entre el Altar mayor y la nave del templo. Este velo se llamaba *lienzo cuaresmal* y el vulgo lo conocía con el nombre de *lienzo del hambre*, y su utilidad era simplemente práctica: los que no tenían calendario sabían por este lienzo que estaban en Cuaresma.

En algunos pueblos de nuestra montaña catalana existe aún semejante costumbre. En Rusia se observa un uso análogo: el primer domingo de Cuaresma se corre el velo del altar y permanece así hasta el domingo de Ramos.

Durante los seis primeros siglos de la Iglesia se tuvo por máxima invariable que durante toda la Cuaresma no debía celebrarse fiesta alguna de santos. Esta práctica cayó pronto en desuso en la Iglesia occidental, en la cual, en cambio, se dió mayor expresión al sentimiento de duelo callando el Aleluya, cosa desconocida en la Iglesia de Oriente.

En Roma se celebraba desde muy antiguo una procesión diaria durante todo el tiempo cuaresmal, en la que el Papa y el clero se dirigían desde el Vaticano á una iglesia de la ciudad, donde se detenían, es decir, hacían estación (*statio*), y se cantaba la Misa.

CLAUDIO VIDAL Y CORTADA

Académico Honorario

## SOCIAL

### LOS OBREROS DE ESCRITORIO

Difícil es la misión de cuantos se preocupan por la paz social, procurando hallar soluciones de justa armonía para los conflictos del trabajo. Luchan al unísono contra la sordidez y el egoísmo de los de arriba y los apetitos desenfrenados de los de abajo, y así forzosamente han de herir á unos y á otros. No importa; laboran por la justicia y la paz social que reinarán un día gracias á la tenacidad de esas buenas voluntades.

Colaborando en esa obra bendita, más de una vez tomé la pluma para censurar huelgas y reclamaciones obreras, injustas ó extemporáneas, de origen político las más veces: hoy ese amor á la justicia me fuerza á volver por los fueros del más sufrido y á la vez más vejado de los trabajadores; el obrero de escritorio, el que pudiera llamarse obrero de la pluma. Tenedores de libros, regentes de bufete, cajeros, contadores, encargados de la correspondencia, escribientes, meritorios, etc., etc. He aquí los sufridos resortes de la máquina social, que mueven nuestra simpatía.

Para ellos son la privación de aire y de luz en la mayoría de los tugurios que se destinan á escritorio; para ellos las horas de trabajo ilimitadas y la irrisoria cuantía de los sueldos; para ellos toda desconsideración....:

Yo sé de tenedores de libros que agotan su vida trabajando diez y once horas diarias por un sueldo mensual de 150 á 200 ptas....

Frecuente es el hecho de que un establecimiento mercantil, de modesta fundación, vea aumentar rápidamente sus operaciones; y entonces, locales, obreros, instalaciones, todo se amplía, todo menos la dependencia de escritorio; esa no merece atención; vayan cargando los empleados con el aumento de trabajo, que si alguno se mostrare reacio ó descontento, esperan á la puerta innúmeros pedigrüños que ocuparán la vacante sin chistar.... y el que la tiene, ante el fantasma de la cesantía, se somete. Ejemplo: En una casa de Banca de Barcelona se halla empleado un muchacho que consiguió la plaza á vuelta de mil trabajos y remoción de influencias; posee el francés, la teneduría de libros, contabilidad, dactilografía, etc., y gana.... 25 ptas. mensuales: un día deja la casa un empleado cuya mensualidad es de 150 ptas. El muchacho *de las 25* ha demostrado ser listo, trabajador incansable.... materia explotable, y el patrón le llama á su despacho. Estoy satisfecho de su comportamiento, le dice, tanto que desde hoy ocupará V. el puesto que deja vacante el Sr. X.... y como ya le dije estoy contento de su trabajo, ganará usted en la nueva plaza 75 ptas. mensuales: el muchacho da las gracias y se encarga del trabajo por los quince dureses.

En urbes como la nuestra, un bufete acreditado representa un cúmulo extraordinario de trabajo: es frecuente hallar al frente de los mismos hombres incansables y sumisos, sobre los que pesa la carga

toda del despacho; ellos estudian y redactan los escritos; ellos, en una palabra, son el *factótum*, y ellos perciben un mezquino sueldo, en tanto los honorarios que paga el cliente enriquecen al que sólo firma.

Los meritorios: otra fuente inagotable del abuso patronal; por favor se les admite en la casa, cuyo puesto solicitaban á la vez numerosos pretendientes, y esta circunstancia es aprovechada de un modo escandaloso por el patrón que no tiene conciencia, y se consigue, por este medio, tener gratis uno ó varios dependientes, más sumisos, más trabajadores si se quiere, ya que á cada momento se les recuerda lo falso de su posición, la cantidad de muchachos que ambicionan la plaza.

Si de los sueldos pasamos á la duración del trabajo, todavía veremos son mayores los abusos. El rigor para las horas de entrada en el despacho es grande; para cesar en la labor, muchos días no rigen ni las horas establecidas ni las exigencias del estómago y del descanso: hoy por envíos extraordinarios, mañana por la marcha de los viajeros, ora por un exceso de correspondencia, periódicamente por los arqueos y balances, se exigen á esos sufridos obreros de la pluma, horas extraordinarias de trabajo, que no son remuneradas, ni tan siquiera agradecidas.

Comparad la suerte de esos infelices, obligados á vestir bien, á vivir decorosamente, á quienes se exigen conocimientos cuya adquisición supone un gasto previo; que algunos son abogados ó peritos mercantiles, que saben contabilidad, idiomas, dactilografía, etc., etcétera; comparadlos, digo, con un carretero, trabajando al aire y al sol, ganando 7'50 ptas. diarias, sin ocuparse de otra cosa que de guiar el carro (que ni siquiera ayudan á cargar y descargar la mercancía), y trabajando justito las horas convenidas, y decidme: ¿Cuál de esas dos clases merece mayores atenciones? ¿Cuál puede justamente alzar la voz en demanda de mejoramiento?

¿A qué obedece ese estado de cosas? Los obreros de la pluma, ó mejor de escritorio, pertenecen á la clase media, á esa clase cuya situación es cada día más difícil dentro de las modernas sociedades; en ella se halla encarnado todavía el exagerado espíritu individualista que les dió el ser cuando la revolución francesa, y de ahí precisamente la causa de su mal.

No encarna en la clase media el espíritu de solidaridad que tantas ventajas ha proporcionado á los demás obreros, y que, encauzado, podrá proporcionar muchísimas más, y aislados, perjudicándose unos á otros, son causa de su propia depreciación.

Por otra parte el continuo encarecimiento de la vida impone á muchos la necesidad de un auxilio que les permita sostenerse en su clase y acuden en tropel los perdigueños en busca de trabajo, y así, por la abundancia de oferta, se desprecia su labor.

Ahora mismo, en Alemania, la situación de esos trabajadores es verdaderamente angustiosa. La pujanza mercantil del imperio alcanza gran predicamento en Sud-América, y la juventud de las repúblicas

trasatlánticas, ansiosa de aprender y de entrar en relación con las casas teutonas, llena sus escritorios, en donde trabaja gratuitamente, y en tanto la juventud alemana, que no puede ó no quiere regalar su trabajo, vese en apurado trance para alcanzar un puesto remunerado.

Los abusos patronales de que vengo hablando ¿tienen excepciones? Ciertamente; yo mismo las conozco honrosísimas. Pero la excepción supone una regla, y la regla es el abuso.

¿Remedio? Se impone una radical transformación en la idiosincrasia de la clase media, y como consecuencia, la sindicalización de los obreros de escritorio. Después, conseguida la cooperación de fuerzas, vendría todo lo que en justicia se merece esa tan laboriosa como olvidada clase.

EUGENIO NADAL CAMPS

Vicepresidente de la Academia

## LOS DE HOY

### V

#### ARMANDO PALACIO VALDÉS

Es indudable que el hombre, influido por el medio ambiente que le rodea, escribe impulsado más que *per se*, esto es, *por sí y en sí*. Substraerse al medio, vencerlo en lucha titánica, tras cuyo manto sanguíneo de necesidades y bajezas se adivinan unos rostros demacrados con la huella pérfida y cruel del hambre, ese es el heroísmo. Un escritor que cual Palacio Valdés no ha manchado jamás su pluma en la descripción de esas niñas cloróticas y neurasténicas que hoy campean en las novelas modernas, ó en las escenas enervadoras y brutalmente pornográficas de un Dorio de Gadex ó de un Alberto Insúa, merece toda mi admiración y respeto.

Es el héroe.

El paladín glosador del hablar castizo que gerifaltes aplaudieron y Cervantes elevó. Ni un solo momento deslinda de su fin. En todas partes, en todo momento es él, único, individual, eminente, *Armando Palacio Valdés*.

Hace ya tiempo.

Recién salido de las aulas del bachillerato en que aprehendí un baño general de cultura, muy superficial ciertamente, cuando mis aficiones literarias empezaban á pugnar por salir del embrión, hubo de caer en mis manos uno de sus libros que dejome estático... ¡Pobres aficiones mías! Al cerrar el libro créme de todo punto inútil, y mi ensueño de aquel entonces fué ser un discípulo del coloso literato. *Tristán ó el pesimismo* evocó en mi psicología una verdadera revolución, que ha quedado firme, y desde aquel tiempo he tenido ocasión de leer algunas de sus obras. *Marta y María*, *El idilio de un enfermo*, *La hermana San Sulpicio*, así como *Los majos de Cádiz*, *La alegría del capitán Ribot* y *El maestrante* me conmovieron hondamente. En *El señorito Octavio* vi claramente la epidemia de «señoritismo» tan triste que invade nuestra clase media, y así como formulé un

juicio sobre el intelectual asturiano en *El Cuarto Poder* y *La Fe*, me ratifiqué en él al poseer sus ideas de *El pájaro de nieve* y *La aldea perdida*.

Tuvo un momento de desfallecimiento, y el galán autor de *Maximinia* declaró á un «reporter» que no pensaba escribir más. Propalóse la noticia por la Corte, luego en provincias. De todos sitios parecía surgir el melancólico gemir de la ausencia del ido... Afortunadamente ha sido inconsecuente; ahora, en estos últimos días, recibí de Madrid un abultado tomo en que unos caracteres rojizos, flotando en el azul del papel, uníanse para rotularle. *Papeles del Doctor Angélico*. No es una novela completa, son artículos largos ó cuentos cortos. *El osario* es digno de leerse, y la fantástica, atrevida é interesantísima *interview* con Prometeo un primor de galanura y fraseología.

Los volúmenes se han vendido; el retrato del autor ha aparecido en las ilustraciones y periódicos, y este público español que consagra á una heroicidad el recuerdo de unos minutos tan sólo, ha creído rememrar que en un tiempo este mismo Palacio Valdés saneó la atmósfera literaria con *José y Rivienta*, que le arrancó del lozadal erótico de una literatura nefasta, y que ahora, cubierta de nieve la cabeza y tal vez el alma, le dedica un recuerdo cariñoso... El pueblo ha comprendido claramente que bien merecía este señor la «actualidad» de unos días y ha leído su obra, encontrando en ella un dejo irónico del que por ser «como debió ser» jamás ha dejado los moldes de sus facturas... Tal vez le haya admirado un momento más, quizás no le haya comprendido... Yo sólo sé que no me extrañaré si el buen amigo, editor de la «Biblioteca Renacimiento», me hace saber que se han vendido más ejemplares de ese TIMO tan descarado que Felipe Trigo ha encabezado con *Las Posadas del Amor* y que todos estamos cansados de leer en *El Cuento Semanal* y los que no en *Los Contemporáneos*.

En aquellos buenos tiempos de Palacio Valdés, ya literato eminente, Felipe Trigo paseaba su raído chaquet de médico titular por las guijarrosas calles de un pueblacho...

Pero el público es necio, muerto de intelectualismo, y el pintoresco autor de *En la carrera* es listo y vivo en todos los sentidos del vocablo.

Hace bien.

Reconozcamos paladinamente que tiene derecho á *sonreirse* de nosotros quien con sus porquerías (esa es la frase, perdón, señores académicos), ha obtenido un capital cuantioso.

PABLO VILA SAN-JUAN  
Académico de Número

## EL TEMOR

### I

Siempre ha sido arma eficaz de coacción. Sea ésta más ó menos lícita, la encontramos fundada en aquél. También se deja sentir en

las relaciones que la criatura guarda con el Hacedor, pues no es para que á nadie se explique, un sentimiento que nace con nosotros en la cuna. No puede haber nadie que nos pida que le hagamos temer, porque sea para él una novedad. No se ofendan por ello los que se crean de la raza de *valientes*, porque muy lejos se halla, aunque no lo parezca, una cualidad tan envidiada, cual es la valentía de un *momento* natural del espíritu, como no deja de serlo el temor. Aquí también debemos distinguir las clases de valentía y de temor, porque cosa muy distinta es el valor donjuanesco, de la presencia de ánimo, de la audacia y de la temeridad, y media buen trecho entre el temor espiritual del temor instintivo que se basa en el principio conservador, aunque generalmente se den la mano.

## II

Según se ejercite lo que vulgarmente se llama *sangre fría*, se adquirirá mayor ó menor disposición al temor, que aunque es un momento intrínseco del espíritu, del que no podemos substraernos, arraigará más ó menos, frente á lo que pudiera producirle.

El apego natural á la vida, el instinto de conservación, ejercen su hasta cierto punto bienhechora influencia, pues crea una prudencia hartamente necesaria para que, en momentos dados, no se conforme la idea fatal (producto de circunstancias mal entendidas siempre, debilidad espiritual y esfuerzo volitivo enteramente averiado y desprovisto de razón), de la privación voluntaria de la vida, que tantos casos por desgracia ofrece, para demostrar inconcusamente la anomalía surgida entre el valor acobardado y la cobardía envalentonada.

Ni lo uno ni lo otro, en rigor de verdad, son manifestaciones del impulso que podemos llamar pasivo y activo, sino degeneración de ellos, aumentada quizás por una idea potente, febril, que si por sus funestos resultados no podemos medirla, ¡quién sabe si con los adelantos de la psicología experimental podremos llegar á apreciarla (por congestiones cerebrales en determinados órganos-asientos, etc.), aunque sea de un modo vago é indeterminado!

Desterremos, sin embargo, de nuestra mente toda sospecha de que tales dramas de la vida importen, en el que los comete, un valor refinado ó un temor avasallador, porque salta á la vista que lo primero no existe por estar *completamente* supeditado á lo segundo, y éste tampoco, por estarlo también á lo primero. Para el espectador no existe más que un instante supremo de ceguedad ó locura que vence con furia aquella mutua influencia: la del valor y el temor. Nos avergonzaríamos de que estos conceptos se tomaran psicológicamente como justificante de aquel crimen, porque hayamos omitido un párrafo dedicado á la culpa horrenda que recae sobre el suicida, por despreciar el dictado de su conciencia al forjar (aunque con rapidez) el delito, y la voluntad sana, siempre al servicio de los mejores propósitos.

Del valor ó temor que puedan impulsar á toda clase de infracciones ya se ocupan los técnicos que en sus esferas demanda la ley y

la ciencia; demasiado hacemos nosotros pisando suelos tan resbaladizos.

## III

Lo sentido se enlaza íntimamente al alma por medio de la acción. Mejor dicho, el alma, ejerciendo sus funciones, tiene puntos de contacto íntimo con lo sentido, por la sola razón de ser el todo, que cobija en su seno la parte. Así pues, es natural que cuando con mayor ó menor intensidad se sienta, quepa al espíritu activo mayor ó menor acción. Entre dos sujetos en que uno de ellos se halle afectado y no ocurra lo mismo al otro, será siempre el primero quien agotará mayor caudal de energía psíquica (en el terreno del sentimiento). Pues bien, la intensidad de lo sentido de que hablamos, guarda con el alma toda una proporción (que, según Sergi, atiende también á la duración en que se desenvuelve), formando una especie de serie ó tabla progresiva, cuyos límites son: la insensibilidad completa, producida por desconocimiento de lo que pueda motivar el sentir, y la locura maniaca (variedad continua), ó la de accesos agudos (variedad intermitente).

Los términos de esa serie son grados de serenidad, que cuando aparecen en personas joviales por temperamento, llegan á fortalecer de tal modo el espíritu, que huelgan por tal razón los estímulos ajenos á que se hacen acreedoras. ¿Cómo llaman las gentes á los términos ó grados de esa serie ó tabla? *Animo*. Más ó menos *ánimo*.

## IV

El temor pertenece sin duda alguna á aquellos *momentos* que los tratados y el habla corriente denominan emociones. Parece cada día acentuarse la inclinación á creer que solamente las hay de dos clases, las depresivas y las exaltativas; pronto ha de verse que la que nos ocupa se halla entre las primeras. Como que guardan el cuerpo y el espíritu tanta correlación al obrar, es natural que el temor sea una emoción que afecte muy directamente al físico de quien lo experimenta, salvando con esto el error de los que opinan que precisamente por ser emoción sólo influye, y aun logrando poca mella, en el sistema nervioso. Quizás sea el fenómeno anímico que entre sus congéneres consiga mover más músculos.

\*  
\*  
\*

Permítasenos, á modo de pensamientos sueltos que parecen relucir de mi afán por unirles á lo antedicho, acaso por estar convencidos de su singularidad hermosa, estas palabras que debí copiar y leer no hace mucho tiempo en la ACADEMIA: «El terror hiela la sangre, paraliza los movimientos, porque contiene una viva imagen del peligro presentido».

¿Qué es el temor sino una mínima expresión del terror? ¿Hay temor sin peligro presentido?

\*  
\*  
\*

Incúmbenos también recordar que la sensación que nos produce la posesión, tanto del temor como del miedo ó la del terror, es ce-

nestésica, como se deduce del comienzo de este articulejo, cuando se afirma que se dan la mano el temor espiritual y el instintivo, que se basa en el principio conservador (1).

## V

Nuestras creencias en la vida futura nos imponen la esperanza de una eternidad llena de felicidades ó de tormentos. En nuestro credo se contiene el fundamento de la pura atrición que en los santos y virtuosos se anegaba bajo las excelencias de la contrición. En las relaciones que la criatura guarda con su Hacedor se deja ver más que en parte alguna el temor espiritual, por la convicción profunda de que el poder, la omnipotencia de Dios, es la mayor prueba de nuestra inferioridad infinita. Descendamos si cabe á la vulgaridad del ejemplo: ¿no puede temerse, aun en medio de bienandanzas comunes, el desquicio de la patria, precisamente porque la amemos?

LUIS MARIMÓN

Secretario de la Academia

### MÁS SOBRE EL CONCEPTO DE PATRIA

Terminaba mi artículo anterior con el relato escueto de hechos demostrativos de la existencia, indubitable, del sentimiento de patria, que, junto con otros muchos que me abstengo de exponer en gracia á la brevedad de detalles que la extensión del trabajo impone, bastarían por sí solos para convencer al más tenaz antipatriota, si los ilusionados por esos ideales de anarquía no tuviesen el empeño suicida de derrotar ó substituir la organización presente, sólo por saborear el triunfo cobarde de sus bajas ambiciones y la salvaje satisfacción de sus viles concupiscencias.

Por otro lado parece empeñado un núcleo ínfimo de la sociedad en desacreditar la existencia de Estados, desconociendo el poderoso influjo que ejercen en la marcha triunfal de la moralidad y de la civilización.

Los defensores de la flamante é inverosímil solidaridad humana, fraternidad mundial, han dado en propagar á los cuatro vientos que es contrario á la naturaleza y constitución del ser libre que se someta á las leyes, á los gustos é intereses bastardos de los hombres; que forme parte de un conglomerado como el de la patria que lo somete á una esclavitud mil veces peor que de la que se libró hace veinte siglos.

Los que tal afirman desconocen el móvil que obró en la constitución de la patria luego que en la de la familia; que es de amor y confraternidad, con los cuales los instintos egoístas del individuo se sometieron al interés y caridad hacia sus hermanos; esto es, se constituyó una solidaridad entre individuos de idéntica raza y lengua, mil

(1) Es frecuente confundir el temor, el miedo y aun el terror, diciendo que son tres grados de una sensación. El temor es la previsión de un resultado, que produce terror ó pavor. El miedo es su causa permanente. De aquí, pues, se ve que, como arriba decíamos, entre el *temor* y el terror dista un paso; es como una miniatura del terror, que para alcanzar las dimensiones de éste le falta tiempo: el que emplea la acción para producirle.

veces más justa y razonable que la *masa de engrudo* que nos pretenden imponer los *humanitarios* universalistas.

Porque es innegable que la patria nos ha dado el ser, y no sólo el ser material, sino el ser moral. Ha mantenido á nuestros padres y á nuestro linaje, y nos ha suministrado el sustento desde que hemos comenzado á vivir una vida propia. Ha amparado nuestra debilidad con sus leyes, y ha informado nuestra vida moral con sus costumbres; nos ha transmitido con sus idiomas todo un aparato de cultura, resultado de la elaboración de los siglos sobre las distintas nacionalidades que la forman; y aun en el orden material nos ha rodeado de un inestimable conjunto de bienes, los cuales hacen la vida fácil y tolerable, y se obtuvieron por el trabajo de innumerables generaciones, que roturaron las selvas, secaron los pantanos, abrieron vías de comunicación; inventaron y construyeron los mil objetos é instrumentos que distinguen la vida del hombre civilizado de la mísera existencia del salvaje. Estos beneficios generales nadie hay que no los deba y tenga que agradecer á su propia y única posible patria.

Hoy día vemos la imposibilidad de esa extraña amalgama universal en los continuos conflictos que se originan entre potencias y naciones; conflictos que se solucionan en guerras internacionales de beneficio para el vencedor; pero que en el caso de los universalistas se denominarían civiles; dejando á un mismo pueblo sumido en la miseria y camino de la barbarie por el antagonismo de seres que tratarían de llamarse hermanos

La patria universal. ¡Qué comodidad; qué fraternidad; qué apacible convivencia de esos seres que sueñan con la reaparición del paraíso terrenal!

No les negaremos que en lo futuro pueda alcanzar tal estado la tierra, que sólo se distingan tres pueblos únicos y principales; negros, amarillos y blancos. Pero de aquí no pasará, porque lo demuestra la razón y la realidad palmaria.

¡Ah! ¡Entonces qué sangrienta conmoción no sufriera el mundo, precursora tal vez de la profecía bíblica, si al más pequeño é inevitable roce se lanzase un pueblo tan formidable sobre otro no menos fuerte! ¡Adonde irían á parar las largas coletas chinas y los afilados bigotes á lo *kaiser!*, porque entonces no sería, no, guerra de potencia y potencia, sino funesta hecatombe entre continente y continente.

Y si observamos la teoría universalista en el terreno económico, vislumbramos en ella un retroceso ó al menos un estancamiento indubitable en la marcha hermosa del Sol del progreso y de la civilización. Conocido es el poderosísimo, el inmenso, casi infinito influjo que ejerce en la constante marcha progresiva de la economía humana el aliento vivificador de la competencia mundial. Pues ésta faltaría; desaparecería su forma actual y casi su valor intrínseco si los actuales Estados y pueblos tratasen de unificarse. Como es natural, la actividad y el trabajo que impone la supremacía industrial de una raza sobre otra desaparecería, y la elevación de espíritu que supone en el hombre la febril actividad é inteligencia se convertiría en pacífica

ocupación generadora, á la larga, de voluntades débiles, y éstas, á su vez, de vicios y concupiscencias.

Por el contrario, la división lógica, inevitable y única del mundo en Estados por vínculos consanguíneos de raza y costumbres, hace que, desarrollándose el amor patrio en sus instituciones é individuos, contribuyan éstos forzosamente á la supremacía, al predominio del uno sobre el otro en la diversas ramas de la vida.

El industrial, en su acepción genérica, perfecciona sus productos y los hace aptos y capaces de vencer en la competencia de mercados. Y cuando sale del recinto patrio y funda factorías en pueblos extraños, jamás se olvida de colocar en la parte más elevada de su fábrica la enseña nacional, porque la honra y la gloria de sus triunfos se la quiere atribuir á su patria.

El literato al publicar sus magníficas producciones las da en el idioma de su cuna, y así, al ser contrastadas en la balanza mundial, se adjudica á su país el precioso don de *Siglo de oro* en sus letras, y la atención universal de los hombres literarios se concentra en aquel ambiente como manjar con que sacian sus delicados apetitos.

No menos beneficioso es el hacendista, el financiero que con sus acertados planes y precisas cifras coloca en lo más elevado el crédito público de la nación, mereciendo el parabién de propios y extraños.

¿Y cuando el militar en el campo de batalla conquista terrenos para su país, palmo á palmo; gasta su salud; consume sus energías; emplea su valor, y pierde hasta su vida en holocausto de la patria?

He de referirme imprescindiblemente á la última guerra de Melilla como apuntamiento de una hora de buen seso y de progreso, y conforme á ello, he de relatar los heroísmos y glorias del valiente soldado que siembra con todo su ser el grano que luego han de recoger sus hermanos.

Privato María Galiano, artillero, en empeñado é indeciso combate de aquellos mortíferos de julio del año 1909; único superviviente de los compañeros de una pieza, no cesa de disparar, concentrando el ardor de su alma en aquel pedazo de su tierra, y cuando observa que diez moros se apoderan del cañón y tratan de llevárselo, valientemente lo impide; mata y hiere á unos cuantos y dispersa á los restantes, gritando: «¡¡Esta pieza me la han confiado y no la abandonaré mientras viva!!»

Bien expuso el general Arizón lo que es y lo que vale la idea de patria en los militares, en aquella preciosa arenga y oración fúnebre en las exequias del general Díez Vicario. Veintiséis soldados hermanos nuestros iban á recibir cristiana sepultura al lado de su fiel general. Se rezó ante todo una Misa. En seguida se fueron hundiendo en la sagrada tierra los 26 soldados. El último bajaba á la fosa el general Díez Vicario. Sobre el uniforme que llevaba el día de su muerte, enrojecido por una extensa mancha de sangre, se le puso como sudario una bandera española. ¡Veneranda mortaja! La única envidiable después de la sotana de Cristo, que es el más glorioso de los uniformes.

Y cuando ya todos habían recibido sepultura pronunció el general Arizón estas sencillas como sublimes frases:

«¡Españoles!

Entiendo que todos los aquí presentes representáis á España.

Estos que acaban de recibir tierra sagrada han muerto para que España viva.

Los pueblos sólo son grandes y fuertes cuando los riega la sangre de sus héroes.

¡Españoles! ¡Viva España!»

¿No es verdad que esto es morir por algo más que por tres metros de algodón puestos en la punta de un palo? ¡Miserables los que de esta manera se mofan del ejército! Ellos, sí, no saben morir para que España viva; pero... bien saben vivir para que España muera...

Conmuéveme fuertemente el corazón el traeros á la memoria el nombre de D. José Ochoa, segundo teniente de infantería, uno de los oficiales que, segados en flor, caían en el barranco del Lobo el día 27.

Su nombre firma un soneto que pocos días antes había escrito en el campamento, como si escribiese su propio epitafio y elogio fúnebre.

Dice así:

#### EL TOQUE DE ORACIÓN

En el reducto la bandera ondea;  
la noche envuelta en sombras adelanta,  
y una plegaria al cielo se levanta  
de la vecina torre de la aldea.

El campamento que la brisa orea  
un himno mudo de misterios canta,  
y el pecho del soldado se agiganta  
á los nobles impulsos de una idea.

Se oye gigante voz, de fe sincera,  
con que el cañón despide en la trinchera  
un sol poniente que la bruma empaña.

¡Espectáculo hermoso! ¡Quién pudiera  
coronar el final de su carrera  
muriendo honrado por salvar á España!

Un recuerdo, una oración para el sublime heroísmo del glorioso cabo Noval, que supo sacrificar su vida y su juventud antes de consentir en la traición, que como precio de su vida le propusieron los moros, de indicarles el punto de entrada al campamento, al través de sus alambradas, para penetrar en él á degüello.

Todos sabéis que al ser sorprendido, alejado de sus compañeros, aunque aceptó por refugio las condiciones que le impuso el enemigo, una vez junto á las alambradas gritó: «Compañeros, disparad, que vienen conmigo los moros». Y su cuerpo acribillado cayó en tierra, regándola con su sangre para salvar la vida de sus hermanos y el honor de España.

¡Qué concepto tan grande, tan puro, tan noble de la patria el de esos héroes que dan su vida por ella!

JOSÉ CUENCA PÉREZ

Académico de Número